

## III.

No había llegado aún la jóven á la puerta de la casa, cuando un tropel de caballos se dejó ver en el sendero que conducía á la entrada de la finca.

Paróse Ana María llevada por la curiosidad, cuando se adelantó un ginete en un soberbio caballo enjaezado primorosamente, y que salpicando grumos de espuma manifestaba lo arrogante de su ley.

Echóse abajo el ginete, y dirigiéndose con la mayor galantería á la jóven la dijo:

—¿Es esta la casa de don Antonio Gallaga?

—Pase el señor caballero, respondió Ana María llena de rubor ante la mirada de fuego de don Cristóbal.

—Será usted acaso una de las personas de su familia?

—Sí, señor, su sobrina.

—No en vano tiene usted esos ojos como dos luceros y esa frente blanca como la rosa que lleva en su primorosa mano.

Ana María se estremeció al escuchar aquel lenguaje desconocido hasta entonces, un temblor interior agitó sus formas delicadas y la rosa se le escapó de entre los dedos.

Don Cristóbal se arrojó sobre la rosa como el primer despojo de aquel encuentro.

El calavera se había impresionado terriblemente de aquel conjunto de belleza y espiritualismo; un rostro purísimo, bañado de una apacible melancolía, unos ojos negros como la noche, de donde se desprendía un rayo siempre tímido como las ráfagas crepusculares; una boca como la flor del granado, y aromática como el capullo de la azucena; una frente ovalada como la de los ángeles; la cabellera negra y ensortijada, la cin-

tura breve, y la apostura recogida y magestuosa: Ana María hablaba con dulzura, aquella voz era la del zenzontle.

La infeliz tórtola sentía en su corazón agitado los primeros síntomas del amor, una vaga ansiedad la devoraba, su labio estaba seco y sus ojos resplandecientes.

Cuando el galán recogió la flor y la puso en una de las *agujetas* de plata de su elegante *cotona*, Ana María comprendió el lenguaje de las flores, aquella flor hablaba á su corazón con el idioma de las ilusiones.

Toda esta escena pasó momentáneamente, los amigos de don Cristóbal llegaron á la casa cuando ya Ana se había entrado á dar parte á la familia.

Don Antonio Gallaga acudió al momento, los criados de la *ranchería* tomaron los caballos y comenzaron á pasearlos á la sombra, mientras que don Cristóbal y sus amigos eran recibidos con esa lujosa ostentación que se acostumbraba en aquel entonces, en que el dinero sobraba, y más aún, la gana de derrocharle.

Don Antonio presentó á sus dos hijas, que como ya hemos dicho, estaban perfectamente puestas á la usanza de la corte.

La música de Pénjamo tocaba sonatas alegres, y un barullo espantoso se dejaba oír en toda la finca.

Sirvióse un almuerzo espléndido, no sin preceder unas copas de catalán y unas puchas, para abrir boca.

Don Cristóbal galanteó á las señoritas mientras no llegó la hora del almuerzo, en que toda su atención se hallaba absorta en el rostro angelical de Ana María, que se esmeraba en el servicio de la mesa.

La jóven no levantó la vista para fijarla en don Cristóbal, ese era precisamente el primer síntoma de la enfermedad que se desarrollaba en su corazón.

Los brándis se sucedieron, las protestas de amistad franca y de simpatías se prodigaron, y el jóven de las aventuras cautivó á aquella familia con su esquisito trato.

En una de las veces que Ana se acercó al caballero, éste le dijo al oído:

—¡Mañana!

Esa palabra bastó para revelar á la jóven las pretensiones del enamorado galan----- ¡mañana!----- ¡mañana!----- aquello era una cita, esto lo comprendería una niña de cuatro años, Ana lo comprendió perfectamente, y era que tal vez la palabra habia venido á dar forma á sus esperanzas.

Pasóse el dia en tertulia, baile y juego de cartas; don Cristóbal y sus amigos se portaron como quienes eran, bailaron con todas las muchachas, se bebieron todo el vino que pudieron, y jugaron cuanto llevaban, con un desprendimiento verdaderamente heróico.

Ya cerraba la noche cuando la fiesta dió término con la despedida de los huéspedes, que despues de abrazar á todas y cada una de las personas de la familia de Gallaga, montaron en sus trotones y se alejaron rumbo al *Casco de Corralejo*.

Al llegar al recodo del camino, volvieron los caballos, agitaron sus sombreros y se perdieron en una nube de polvo y las primeras sombras de la noche.

#### IV.

Cuando el *ranch*o de San Vicente recobró su curso ordinario y ese reposo habitual que caracteriza á las fincas de campo, Ana María entró en la sala donde don Antonio hablaba á sus hijas sobre los accidentes de la fiesta, el talento de D. Cristóbal y el buen humor de los amigos que le acompañaban, y sobre todo, de su franqueza.

—Como que á mí me regaló ese señor una *medalla*.

—Una medalla don Cristobal? preguntó don Antonio con asombro; si ese jóven no pone los piés en la iglesia sino los domingos, y no es muy edificante que digamos.

—Aquí está la medalla.

—Inocente! exclamó don Antonio, esta es una onza de oro! vamos, que ese hombre tiene desatornillada la chaveta!

Ese obsequio que hoy pasaria por un insulto, entonces era una galantería de buen tono.

—Guarda tu medalla, hija mia, y ojalá que Dios te conceda centenares de esas.

La jóven guardó la moneda como la primer prenda de ese cariño que comenzaba á arder en el fondo de su pecho.

Las hermanas Gallaga creian haber conquistado á don Cristóbal, aunque algo les inquietaba el obsequio presentado por la jóven huérfana.

Luego que Ana se encontró sola, comenzó á tomarse cuenta de lo que pasaba en su corazon: la imágen del caballero se le presentó bajo el ropage de una imaginacion en el dia primero de sus impresiones, oía su voz, sentia el fuego de sus miradas, el contacto de su mano, y sobre todo, aquella palabra *¡mañana!*

¿Qué habia querido decir el galanteador? ¿se atrevería á venir oculto para hablarla? ¿se presentaría en una nueva visita? ¿qué pretendia aquel hombre? Todas estas preguntas eran respondidas inmediatamente y reasumidas en una sola: "viene á hablar de amores conmigo huyendo la presencia de los importunos:" en este caso todas las personas lo son.

Envuelta la jóven en el tumulto de sus ideas y las imágenes apacibles de su cariño, entró en el letargo profundo del sueño.

#### V.

Don Cristóbal llegó á su hacienda en completa desmoralizacion; los ojos de Ana lo tenian deslumbrado, era un hombre perdido en el mundo del solterismo.

—Y no ha de ser! gritaba el calavera, como si álguien le dirigiese la palabra.

—Este Cristóbal está loco, le decia uno de sus amigos, los zapatos de palillos, los encajes y los *chiqueadores* de las muchachas, lo traen perturbado.

—Qué palillos, ni qué demonios!

—Y sabes querido, que la primita me ha petado de lo lindo?

—Qué primita?

—Bárbaro! la que servia la mesa.

—No es fea la muchacha.

—Cómo se entiende? es de lo mas hermoso que he visto.

—Vean ustedes al socarron de don Antonio lo que tenia guardado en su casa, y el muy bribon se estaba callado!

—Conque les parece á ustedes hermosa esa jóven?

—Sí, sí, dijeron á la vez los amigos de don Cristóbal.

—Pues voy á ser franco con ustedes, á revelarles un secreto.

—Secreto á voces?

—No, va de sério.

—Entonces lo contaremos á todo el mundo.

—Cuando digo que es negocio grave!

—Escuchemos, porque eso de *grave*, es verdaderamente *grave* cuando se trata del buen Cristóbal.

—Silencio!

—Pues señores, estoy enamorado de remate.

Los amigos se echaron á reir como unos desesperados.

—Van ustedes á admirarse.

—Oigamos!

—Dentro de ocho dias---- me caso.

Nueva salva de carcajadas y de palmoteos.

—Lo dicho, señores, exclamó Cristóbal levantándose, dentro de ocho dias me caso con Ana María.

—Luego no es broma?

—No, no lo es, esa pobre niña me ha simpatizado, ya la vieron ustedes, cuán humillada, perteneciendo á la familia de don Antonio, haciendo oficios de criada ¡pobre huérfana! lo mas

horrible que hay en este mundo es no tener padres---- ya ven ustedes, el caso no es para broma, sería un crimen burlarse de la inocencia y de la desgracia---- palabra de honor, dentro de ocho dias---- y quedan ustedes convidados á mis bodas con Ana María.

Este era uno de tantos rasgos como tienen esos corazones que se creen gastados en la tormenta de la vida, y que conservan aún la pureza primitiva de sus impresiones desarrollada ante los grandes espectáculos de la humanidad que sufre!

## VI.

Desde aquel dia, á la hora que sonaba el toque de oraciones, se desprendian de Corralejo dos ginetes armados, que atravesando la llanura llegaban al bosque de *San Vicente*.

Apeábase el caballero dejando su caballo al cuidado de su acompañante, y se acercaba á una de las ventanas de la finca; despues del toque de ánimas se abria una de las hojas de aquella misteriosa ventana, y una jóven pálida de amores, tomaba entre sus preciosas manos la cabeza del galan y besaba repetidas veces la frente de su amante.

El enamorado decia ternezas á aquella simpática criatura, que escuchaba con el candor del serafin cuantas palabras salian de los labios abrasantes del caballero.

Ana amaba por la primera vez: su corazon se abria á las intensas impresiones de un amor entrañable, como las hojas de la rosa á las brisas purísimas del amanecer.

Aquel ángel se dejaba llevar por la mansa corriente de la ilusion, mostrándose tan pura, tan confiada, como el tesoro de virtud que yacia encerrado en el santuario de su alma. Si su amante le hubiera dicho: abandona tu hogar y sígueme, aquella niña le hubiera seguido en pos de una promesa; porque cuan-

do el corazón no está gastado, cuando el mundo se contempla por su lado luminoso, no se comprende el doblez en que se esconde la falsía y el engaño, entonces los sueños son realidades, el cielo se toca con la tierra, y Dios nos abraza con su aliento.

Cristóbal amaba ardientemente: la coraza que las vicisitudes habían puesto á su corazón, se rompía ante el ángel de su cariño, y ambicionaba todo el amor de Ana, con las exigencias todas de una pasión volcánica y abrasadora.

El destino de aquellos dos seres estaba manifiesto.

Don Cristóbal Hidalgo se presentó en la casa de su amigo don Antonio Gallaga, que ya esperaba su visita, y pidió en matrimonio á la huérfana Ana María.

Las hermanas Gallaga sintieron retortijones de tripas y calambres.

Sorprendióse el viejo al oír una proposición que no esperaba; pero no pudiendo oponerse á la voluntad de su sobrina, ni de su novio, arregló el casamiento, que se verificó el 26 de Agosto de 1752 en la hacienda de Corralejo.

## VII.

Había por aquellos tiempos una costumbre que guardaba todo el sabor del patriarcado, y que encierra mucho de ternura y poesía.

Después que una joven, con la corona de azahares de la desposada, se alejaba del techo paterno para ir á formar la familia, como la primera piedra de la sociedad, tenía la obligación de regresar al nido abandonado á depositar bajo aquella sombra benigna al primer fruto de sus amores, y que ese primer vástago recibiese las bendiciones de sus abuelos.

Ana no tenía padres, pero don Antonio había hecho sus ve-

ces, así es que la huérfana regresó en breve á su hogar, donde á los diez meses de su enlace dió á luz un niño, que fué llevado á la capillita de *Cuitzeo de los Naranjos* á recibir las aguas bautismales.

Luego que los padrinos se presentaron al teniente cura, mandó que se abriese la partida de bautismo, que fué mas tarde registrada en el curato de Pénjamo.

El notario desenvainó un gran libro de pergamino, y tomando una pluma de ave, escribió ceremoniosamente, no sin interrumpirse á cada momento, haciendo observaciones y preguntas curiosísimas:

“En la capilla de Cuitzeo de los Naranjos, á los diez y seis dias del mes de Mayo de setecientos cincuenta y tres, el bachiller don Agustin Salazar, teniente de cura, solemnemente bautizó, puso óleo y crisma, y por nombre *Miguel*, Gregorio, Antonio, Ignacio, á un infante de ocho dias, hijo de don Cristóbal Hidalgo y Costilla y de doña Ana María de Gallaga, españoles, cónyuges vecinos de Corralejo. Fueron padrinos, don Francisco y doña María de Cisneros, á quienes se amonestó el parentesco de obligación, y lo firmó con el actual cura.—BERNARDO ALCOCER.”

Luego que el notario concluyó la escritura, limpió la pluma con un pedazo de papel, y poniéndosela tras de la oreja y restregándose las manos, dijo con énfasis y en un tono de salmodia, porque las gafas oprimían su nariz acaballetada:

—Señores míos, vuestro ahijado el niño *Miguel Hidalgo y Costilla*, según el día en que ha visto la luz, que no es otro que el *ocho de Mayo*, en que la Iglesia celebra la aparición del glorioso arcángel señor San Miguel, generalísimo de los ejércitos celestiales, será tal vez el campeón que defienda la sagrada religión católica, apostólica, romana, y la persona de S. M. el rey, que Dios guarde.

—Amen, respondieron los padrinos, y dándole el *bolo* al notario, que siempre tenía una arenga á su disposición, regresaron

á la casa de don Cristóbal Hidalgo á poner en sus manos á su hijo, libre ya del estigma heredado de nuestros padres en la regeneracion purísima de las linfas del bautismo.

## VIII.

Aquel libro forrado en pergamino, guardaba el nombre destinado en el porvenir á la inmortalidad; registrado en sus toscas páginas, pasaria mas tarde á los mármoles, y la tinta seria el oro que hoy luce en las inscripciones y monumentos.

Medio siglo despues, don Miguel Hidalgo y Costilla visitaba en medio del tumulto de su ejército, el humilde curato de Pénjamo: el libro habia desaparecido; pero queda otro que no desgasta ni el poderoso aliento de los siglos----- el libro de la historia!

La casa en que nació Hidalgo ya no existe; está marcada por un monton de ruinas, última cifra de aquella interesante leyenda.

El patriotismo ha levantado en aquel sitio un monumento.

En la base de la columna toscana, que se eleva como una aguja en medio de las llanuras de Pénjamo, el viajero, con la frente descubierta y lleno de un recogimiento religioso, lee esta sencilla inscripcion:

MIGUEL HIDALGO

NACIÓ AQUÍ,

EL 8 DE MAYO

DE 1753.

## CAPÍTULO I.

EL SEÑOR RECTOR DEL COLEGIO DE SAN NICOLAS.

## I.

La noche del 13 de Enero del año de gracia de 1796, y al sonar el toque de oraciones, el señor rector del colegio de San Nicolas salia del ex-convento de jesuitas, donde habia estado la tarde entera al confesionario; atravesó la calle, que es una de las que rodean el edificio, y se entró en la portería del colegio.

Subió la escalera, atravesó los corredores, y se entró en el aposento rectoral.

La sala rectoral del colegio de San Nicolas, es espaciosa, llena de estantes cubiertos con alambrado, y donde se guarda toda la erudicion de los sabios teólogos y canonistas de la edad media.

Aquellos libros forrados en pergamino, es todo lo que se permitia enseñar en las aulas del siglo décimo octavo.

Las obras ultramontanas, la *Historia de la Iglesia*, las *Actas de los Concilios*, los *Dichos de los Santos Padres*, los *Cuerpos del derecho canónico y civil*, las obras de nuestro *Santo Padre San Agus-*